

P

PRISMA DOSSIER® 001

COLECCIÓN EDITORIAL

Directora
Yulendys Jorge

Diseño editorial
Fernando Rodríguez

Infografía e ilustraciones
IA

Fuentes fotográfica

Archivo General de la Nación (AGN)
Fundación Global Democracia
y Desarrollo (Funglode)
AAA (Archivos de Arquitectura Antillana)
Centro León
Periódico El Nuevo Diario
Revista Ahora
Revista Cañabrava
Periódico Hoy
Periódico Última Hora
Periódico El Sol
Periódico El Nacional
Lorenzo Paulino
Historia Dominicana en Gráficas

Expertos consultados

Roberto Cassá
Historiador
Tahira Vargas
Antropóloga
Lilian Bobea
Socióloga
Dinorah García
Doctora en psicología
de la educación
Marcos Barinas
Arquitecto urbanista
Chanel Rosa Chupany
Técnico en seguridad social
Magdalena Lizardo
Economista

Redes sociales

Instagram
[@revistaprisma.rd](#)

Twitter
[revistaprisma.rd](#)



ESCANEA
EL CÓDIGO QR
PARA DESCARGAR
DOSSIER GRATIS

JULIO 2026

El universo *alofoke*

LA FACTURA SOCIAL DE TRES DÉCADAS DE EXCLUSIÓN URBANA

Durante décadas, los barrios populares dominicanos han sido noticia principalmente cuando ocurre un hecho violento o cuando emerge un fenómeno cultural. Rara vez se les observa desde los procesos históricos que moldearon varias generaciones. Este dossier busca aportar elementos para esa conversación.



PRISMA DOSSIER®

COLECCIÓN EDITORIAL



PRISMA DOSSIER®

Punto de partida

Vivimos en una época en la que la información circula a una velocidad sin precedentes. Sin embargo, comprender la realidad sigue requiriendo tiempo.

Desde su creación, Prisma apuesta por un periodismo que privilegia el análisis, el contexto y la comprensión de los temas que marcan la vida nacional. Dossier Prisma, una de las secciones de nuestra revista digital, da un nuevo paso con esta edición impresa, dedicada a investigaciones que exigen un mayor desarrollo.

Esta entrega está dedicada a la generación que creció en los barrios populares dominicanos. Una generación cuya historia permite comprender muchas de las transformaciones sociales, urbanas y culturales que vive el país actualmente, porque ningún fenómeno colectivo puede entenderse sin conocer las condiciones que lo hicieron posible.

Con Dossier Prisma queremos enriquecer ese espacio de análisis, conversación y reflexión que da sentido a la revista, ofreciendo investigaciones que ayuden a comprender con mayor profundidad los procesos que transforman la sociedad dominicana.

Comprender una sociedad exige mirar más allá de sus consecuencias. Exige conocer también las historias, las decisiones y las circunstancias que la fueron moldeando. Ese es el recorrido que proponemos en estas páginas.

Yulendys Jorge

Dossier Prisma · Edición No. 1 · Julio de 2026

Imagen: Elaborada con IA

COLECCIÓN EDITORIAL

0001

“ Los jóvenes que crecieron en los barrios populares de Santo Domingo durante los años ochenta y noventa no nacieron en un territorio definido por la delincuencia. Lo que encontraron fue un país en transición política, donde convivían las promesas de una democracia más abierta con profundas desigualdades sociales. ”

Lilian Bobea
Socióloga



El universo *alofoke*: la factura social de tres décadas de exclusión urbana

Más que un fenómeno mediático, el universo *alofoke* ofrece una perspectiva sobre las condiciones sociales que moldearon a una generación criada en los sectores marginados de la capital.

Por Yulendys Jorge

Durante décadas, las historias de los barrios populares han sido contadas a través del cristal del crimen, la violencia, el narcotráfico o, más recientemente, la cultura urbana que encontró una plataforma de difusión en las redes sociales y los medios digitales. Si bien es cierto que estas realidades existen, también lo es la herencia de abandono y exclusión que marcó a esa generación nacida en los años 80s y 90s.

El llamado universo *alofoke* no puede explicarse sólo por el entretenimiento o la música urbana. Esta estructura digital, articulada de forma sutil en torno a un multimillonario emporio de plataformas independientes, ha alcanzado un peso social y un arrastre juvenil tan profundos que hoy reconfiguran el debate público.

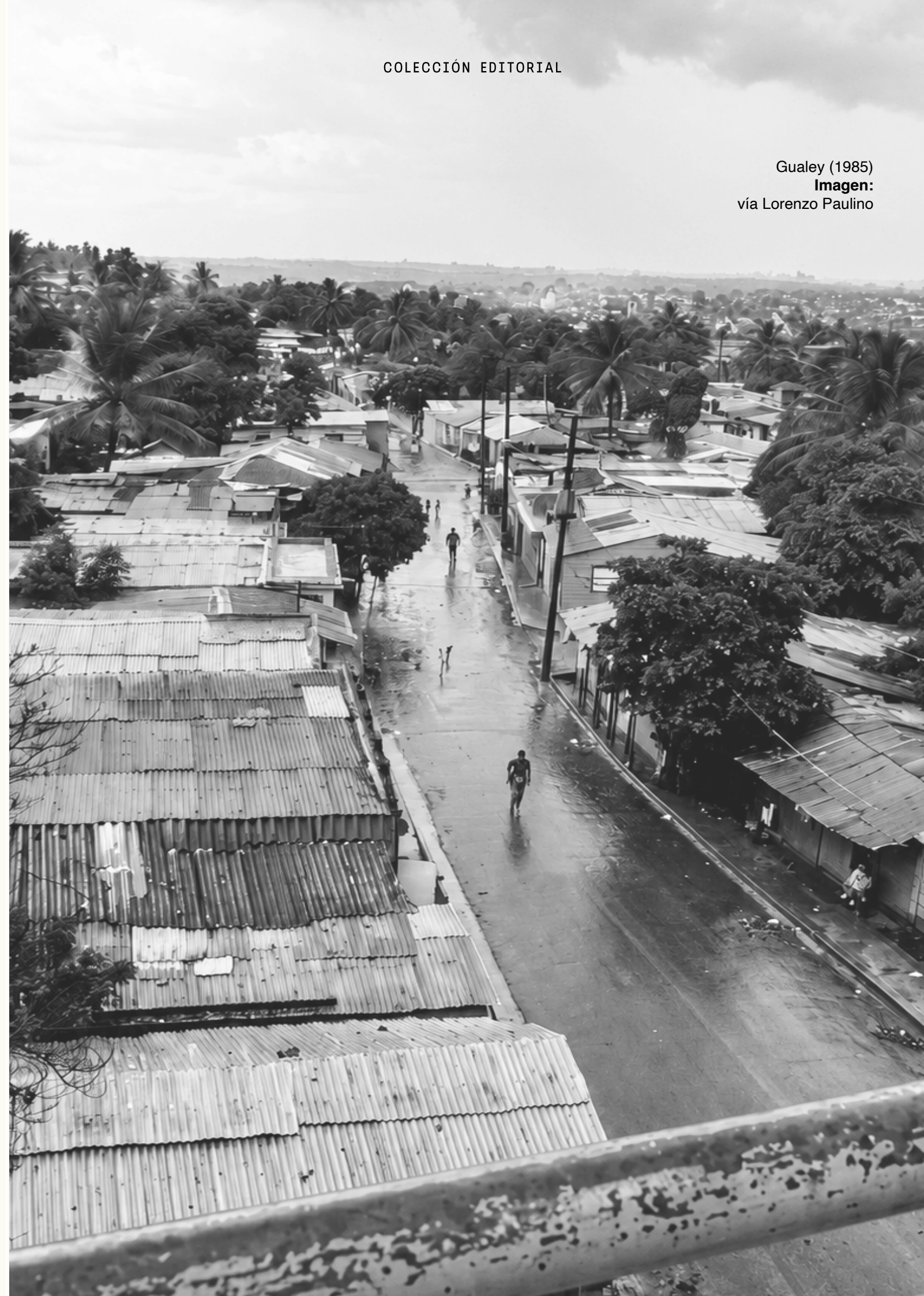
Pero esa estructura es, en el fondo, la manifestación más visible de procesos sociales que comenzaron a tomar forma cuando miles de familias llegaron a Santo Domingo en busca

de oportunidades que el campo ya no podía ofrecer y terminaron asentándose en barrios donde el crecimiento urbano avanzaba en medio de la indiferencia del Estado, que no garantizaba de manera equitativa servicios básicos como salud, educación y espacios recreativos que facilitarían la integración social.

Para rastrear el origen de este fenómeno, el historiador Roberto Cassá sitúa la raíz de estos barrios en la segunda mitad de la era de Trujillo, cuando la migración rural llevó a un rápido crecimiento urbano.

Estas comunidades se formaron en el marco de una economía que necesitaba mano de obra y una ciudad que creció sin una planificación adecuada para acomodar, con dignidad, a esa población. Con los años, estos asentamientos provisionales pasaron a ser permanentes y se convirtieron en el entorno donde nacieron las generaciones de los años ochenta y noventa.

Gualey (1985)
Imagen:
vía Lorenzo Paulino





Club Recreativo Cultural, Capotillo, 1978.

Imagen:
Periódico El Sol / AGN
Vía Lorenzo Paulino

Los jóvenes que crecieron en los barrios populares de Santo Domingo durante aquellas décadas no nacieron en un territorio definido por la delincuencia. Lo que encontraron fue un país en transición política, donde convivían las promesas de una democracia más abierta con profundas desigualdades sociales.

De acuerdo con Lilian Bobea, doctora en sociología y especialista en seguridad ciudadana y violencia urbana, en esos sectores florecieron clubes culturales y deportivos, organizaciones comunitarias y espacios de liderazgo juvenil que buscaban ofrecer alternativas a miles de jóvenes excluidos de los servicios básicos y de las oportunidades de desarrollo.

La apuesta inicial no fue la violencia, sino la organización colectiva y la construcción de redes de solidaridad frente a un Estado incapaz de responder a las necesidades más elementales.

Sin embargo, este plan de cohesión comunitaria comenzó a diluirse a medida que se profundizaban la crisis económica, el desempleo y el deterioro de los servicios públicos.

La falta de escuelas de calidad, espacios recreativos, empleo y políticas dirigidas a la juventud fue transformando la desigualdad en algo más que una condición económica: terminó convirtiéndose en una forma de identidad social.

Club Rafael Leónidas Solano en Guachupita, 1978. **Imagen:** Periódico El Sol / AGN. Vía Lorenzo Paulino.



Una ciudad, dos realidades

El arquitecto urbanista **Marcos Barinas** sostiene que las grandes inversiones urbanas de las décadas de los ochenta y noventa privilegiaron la infraestructura vial y las obras monumentales, en lugar de integrar los barrios más vulnerables.

Vista de Santo Domingo.
Década de los 80s.
Imagen: El Nacional / Hoy.
Vía Lorenzo Paulino.



“ Durante los años ochenta y noventa se consolidó una ciudad cuya respuesta frente a la pobreza no era resolverla, sino ocultarla. Se utilizaron edificaciones monumentales como "muros pantalla" para esconder la precariedad. En la década del 2000 simplemente comenzó a ignorarse. ”

Marcos Barinas
Arquitecto urbanista.

De acuerdo con **Barinas**, las estrategias urbanas de ese período nunca tuvieron el hábitat ciudadano como objetivo y operaron bajo dos formas distintas de exclusión.

Durante los ochenta y noventa se consolidó una ciudad cuya respuesta frente a la pobreza no era resolverla, sino ocultarla. Se utilizaron edificaciones monumentales y bloques de apartamentos como «muros pantalla» para esconder la precariedad, lo que dividió y fracturó el tejido histórico y social de barrios tradicionales como Villa Juana y San Carlos.

Con el cambio de siglo, explica el urbanista, el enfoque cambió, aunque no el resultado. Si en los años ochenta la pobreza fue amurallada, durante la primera década del 2000 bastó con ignorarla. Se construyeron túneles, elevados y pasos a desnivel que literalmente volaban sobre la marginalidad o pasaban por debajo de ella.

El Estado concentró sus esfuerzos en resolver los problemas del tránsito vehicular y desvinculó esas grandes inversiones en infraestructura de cualquier política de vivienda o mejoramiento barrial.

De la recesión a la expansión



El resultado fue una paradoja que todavía persiste: la economía avanzaba, pero los sectores vulnerables no lo sentían.



Magdalena Lizardo
Economista



La crisis económica de los años ochenta coincidió con un deterioro progresivo de las condiciones de vida en los sectores populares. En el ensayo «Santo Domingo: la trayectoria del desarrollo urbano y la expansión metropolitana (1970-2022)», el geógrafo Christian Girault documenta que, entre 1983 y 1984, según la encuesta del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), para los sectores medios la compra de alimentos representaba el 40 %, y hasta un 60 % para los marginales.

La devaluación de la moneda, el endeudamiento, la crisis del sector azucarero y una temprana desindustrialización redujeron el empleo formal y empujaron a miles de personas hacia la informalidad o la emigración.

En abril de 1984 esa presión acumulada estalló. Las protestas contra el incremento del costo de la vida se concentraron precisamente en los barrios ubicados alrededor de la cuenca del Ozama, donde la pobreza era más extrema. La respuesta del Estado fue una represión que dejó decenas de muertos en Santo Domingo y cientos en todo el país.

Aunque la pobreza comenzó a reducirse a partir de los años noventa, el crecimiento económico no se tradujo en mejoras para la calidad de vida de la población más vulnerable.

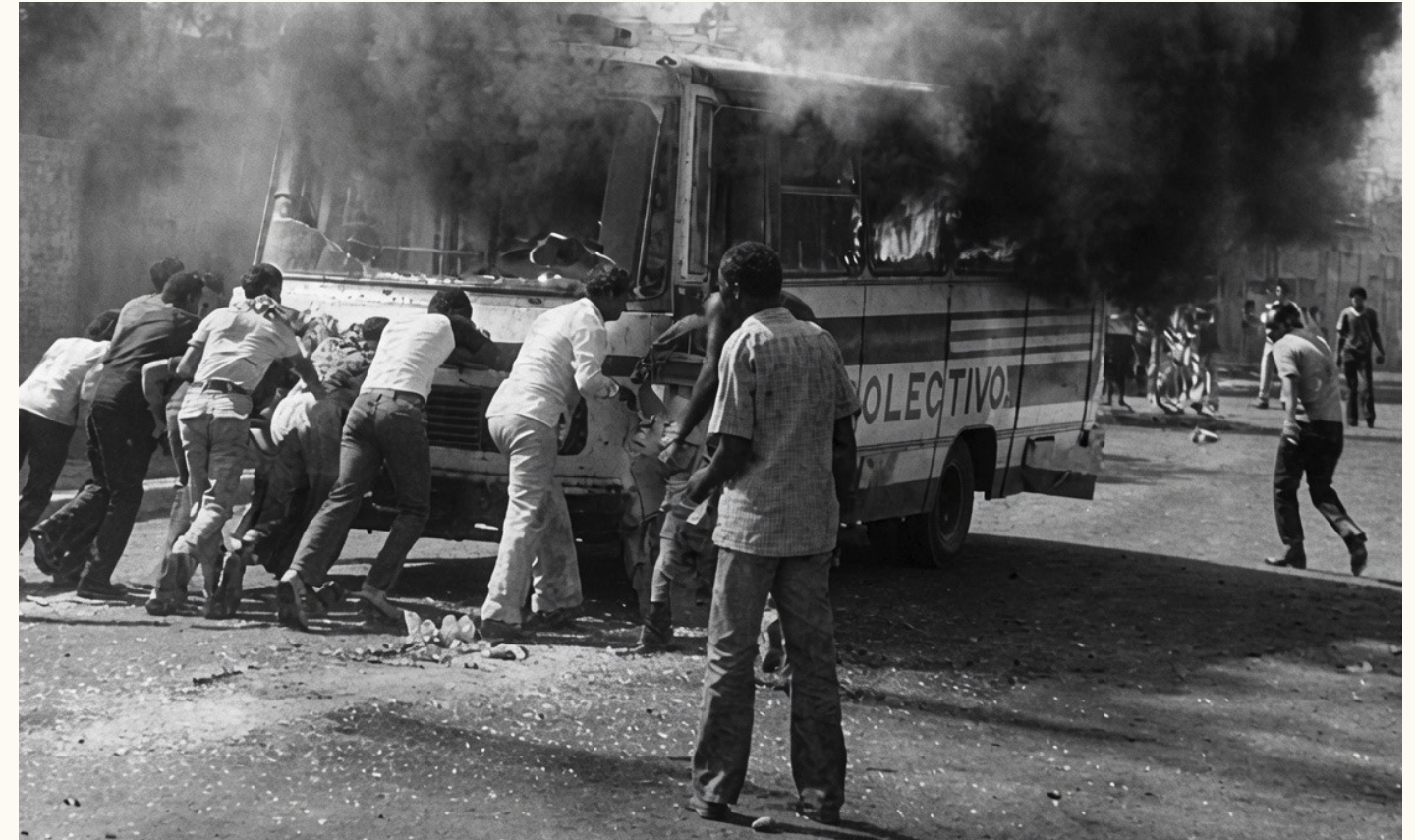
Magdalena Lizardo, economista especializada en desarrollo económico y políticas públicas, explica que la capacidad de la expansión económica para disminuir la pobreza fue menor que en el período anterior.

La analista cita estimaciones del Banco Mundial según las cuales, por cada punto porcentual de crecimiento del PIB entre 1986 y 1992, la población en condición de pobreza se reducía en 2.71 %. Sin embargo, entre 1992 y 1998 esa reducción cayó a apenas 0.38 % por cada punto porcentual de crecimiento económico.

Lizardo sostiene que, aunque durante los años noventa la economía dominicana registró uno de los períodos de mayor expansión de su historia reciente, la deuda social continuó creciendo. El gasto público destinado a educación permaneció en niveles muy bajos, al igual que la inversión en otros servicios esenciales.

El resultado fue una paradoja que todavía persiste: la economía avanzaba, pero los sectores vulnerables no lo sentían.

A esa brecha se sumaba el desempleo juvenil. Entre la población menor de 20 años, la desocupación se mantuvo en niveles cercanos al doble del promedio nacional, una situación que volvió a agravarse tras la crisis bancaria de 2003 y 2004.



Disturbios durante la poblada de abril de 1984. Fuente: Jimmy K. Lorenzo. Vía Lorenzo Paulino



Obreros en una fábrica de mosaicos en Santo Domingo. Imagen: Wilfredo García Domenech. Colección Centro León.

El universo *alofoke*: la factura social de tres décadas de exclusión urbana

PRISMA DOSSIER®

El crecimiento desordenado, la falta de servicios básicos y la ausencia de oportunidades moldearon a toda una generación en los barrios populares de Santo Domingo. Esta es la historia de cómo se construyó esa realidad.



UNA CIUDAD QUE CRECE RÁPIDO

Desde los años 60, Santo Domingo recibe grandes oleadas de migración rural en busca de empleo y mejores oportunidades.



BARRIOS QUE SURGEN SIN PLANIFICACIÓN

Miles de familias se asientan en terrenos inseguros y sin servicios básicos. El Estado no tiene una política integral de vivienda.



SERVICIOS INSUFICIENTES Y DE CALIDAD DESIGUAL

Escuelas saturadas, falta de hospitales, ausencia de espacios deportivos y culturales marcan el día a día de la vida barrial.



OPORTUNIDADES LIMITADAS

El desempleo juvenil y el trabajo informal se convierten en la norma. La movilidad social es una excepción.



CULTURA, RESISTENCIA Y NUEVOS LENGUAJES

Del reguetón a los medios digitales, la juventud crea códigos propios para expresarse, emprender y construir comunidad.

EN LOS AÑOS 80

60%

del presupuesto familiar en los hogares marginales se destinaba a alimentos (40% en sectores medios).

1995

50%

Las escuelas públicas atendían solo al 50% de los estudiantes en los barrios marginales.

TRES DÉCADAS DE IMPACTO

Las decisiones (o la falta de ellas) dejaron una factura aún pendiente de pago.



CERCA DEL **50%**

de la migración rural-urbana desde los años 60 se asentó en el Gran Santo Domingo.

Girault, 2024



1,400

aulas faltaban en 1995 en el Distrito Nacional; otras 900 necesitaban reconstrucción.



DESEMPLEO JUVENIL **2 VECES**

más alto que el promedio nacional en 2003-2004.

ENCFT, 2003-2004



1986-1992

Cada 1% de crecimiento económico redujo la pobreza

2.71%



1992-1998

Cada 1% de crecimiento económico redujo la pobreza

0.38%



ABRIL DE 1984

Protestas por el costo de la vida en los barrios del norte del Distrito Nacional. La represión dejó 55 muertos en la capital y cerca de 300 en todo el país.

Girault, 2024

Escasas plazas laborales

“Para miles de jóvenes que crecieron en los barrios populares durante los ochenta y noventa, el trabajo dejó de ser la vía más segura para el ascenso social. La crisis de la década del 80 redujo drásticamente la capacidad de la economía para generar empleos de calidad.”

Magdalena Lizardo
Economista

Aunque durante los noventa el crecimiento económico volvió a acelerarse y el desempleo comenzó a disminuir, buena parte de las nuevas oportunidades laborales se concentró en el sector informal, sobre todo entre la población pobre que migró hacia las ciudades. Ese cambio tuvo consecuencias duraderas. Mientras la economía exhibía cifras positivas, miles de jóvenes seguían encontrando empleos precarios, bajos ingresos y escasas posibilidades de estabilidad o movilidad social.

Lizardo señala que esa realidad produjo respuestas distintas. Algunos jóvenes encontraron caminos para desarrollar sus talentos mediante el trabajo informal, becas o estudios universitarios. Otros, en cambio, terminaron desencantándose de

la educación y del mercado laboral. «Así fue creciendo el porcentaje de los que no estudian, de los que no trabajan, de los que no tienen proyecto personal, ni tampoco social», explica.

A esto se suma el criterio de **Lilian Bobea**, quien coincide en que el problema trascendía el empleo. La incorporación laboral precaria, unida a la ausencia de políticas públicas dirigidas a la juventud, limitó también la permanencia de muchos jóvenes en el sistema educativo. Esa combinación de informalidad, desigualdad y expectativas frustradas terminó ampliando la exclusión social y reduciendo las posibilidades de integración de una generación que buscaba abrirse camino en condiciones de marcada desigualdad.



Capotillo, 1982. Imagen: Revista Ahora. Vía Lorenzo Paulino

“ Muchos talentos terminaron sepultados por la ausencia de políticas públicas sostenidas, mientras la frustración y el desencanto empujaban a una parte de esos dominicanos hacia la migración, la informalidad o, en algunos casos, actividades ilícitas. ”



Dinorah García Romero
Psicóloga de la educación
y desarrollo humano

La escasez en las aulas

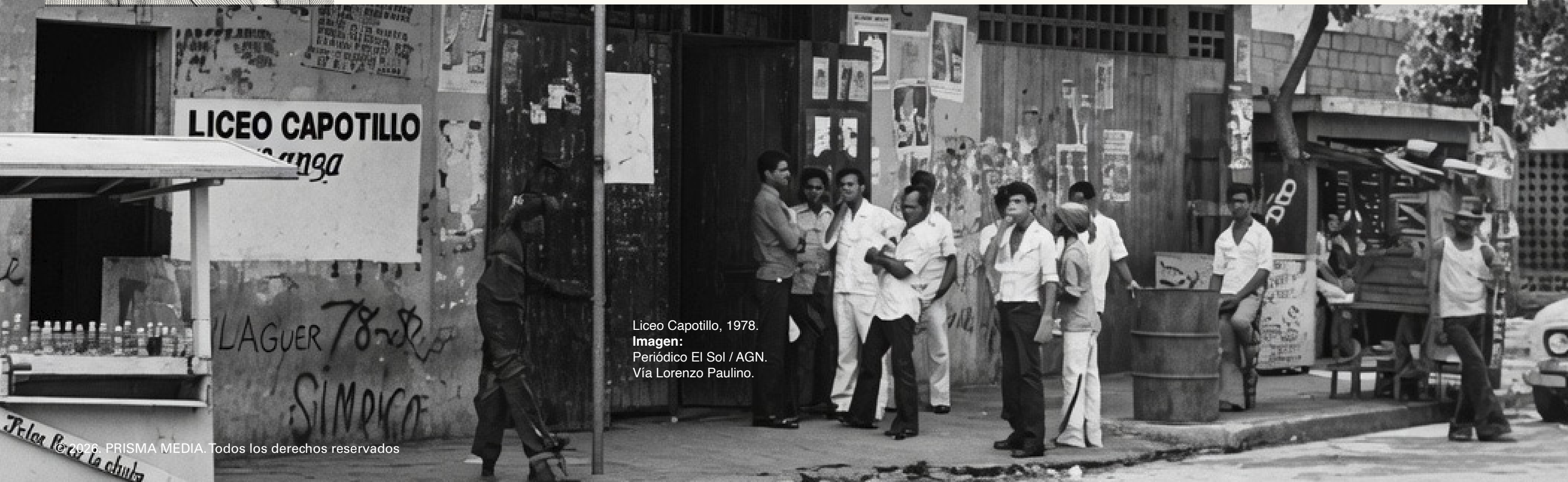
Dinorah García Romero, doctora en psicología de la educación y desarrollo humano, considera que la principal factura social de ese período fue —y en la actualidad sigue siendo— la falta de opciones para la juventud. Advierte que generaciones enteras quedaron rezagadas respecto al desarrollo científico, tecnológico y económico del país.

La experta sostiene que las expectativas de quienes crecían en los barrios también eran limitadas. Para muchos, terminar el bachillerato no garantizaba acceder a la universidad ni a un empleo que

ofreciera un salario digno. La emigración hacia el extranjero comenzó a verse como una alternativa de progreso, mientras instituciones como el Instituto Nacional de Formación Técnico Profesional (Infotep) representaban una de las pocas oportunidades de formación técnica para jóvenes con escasos recursos.

Muchos talentos terminaron sepultados por la ausencia de políticas públicas sostenidas, mientras la frustración y el desencanto empujaban a una parte de esos dominicanos hacia la migración, la informalidad o, en algunos casos, actividades ilícitas.

Las limitaciones del sistema educativo también quedaron reflejadas en la infraestructura escolar. De acuerdo con el estudio «La escuela básica en la zona marginal de Santo Domingo», realizado por Ramón Flores para el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en 1995, las escuelas públicas de la capital atendían apenas el 50 % de los estudiantes de educación básica, a pesar de concentrar la mitad de la matrícula. El estudio estimaba un déficit de unas 1,400 aulas y señalaba que cerca de 900 requerían reparaciones mayores o debían ser sustituidas.



Liceo Capotillo, 1978.
Imagen:
Periódico El Sol / AGN.
Vía Lorenzo Paulino.

Salud en Pañales

Entre las limitaciones, la salud no era excepción. El economista **Chanel Rosa Chupany**, técnico en seguridad social, explica que la atención primaria en República Dominicana tuvo al principio una vocación interna o rural. Como consecuencia, en los barrios populares de Santo Domingo era débil, fragmentada y, en muchos casos, inexistente. Predominaban consultorios con escasos recursos, falta de medicamentos y personal, así como una limitada prevención, largas esperas y una atención centrada en la emergencia más que en el seguimiento familiar y comunitario.



Cocina del Hospital Psiquiátrico Padre Billini, 1980. Imagen: Wilfredo García Domenech. Colección Centro León.



Panorámica de la ribera del Ozama. Imagen: Fotografía: Daniel Duvergé / El Nuevo Diario.

Rosa Chupany destaca que la falta de oportunidades constituye también un problema de salud pública porque genera frustración, estrés crónico, desesperanza, violencia, consumo problemático de sustancias y depresión. La salud, explica, no depende solo de los hospitales, sino también del empleo, la educación, la seguridad, la vivienda y las expectativas de vida.

En los barrios con un historial de abandono, esas condiciones se traducían en una cotidianidad marcada por la violencia intrafamiliar, el consumo de alcohol y drogas, los duelos no resueltos, la depresión no diagnosticada y la ausencia de acompañamiento emocional. Durante

años, muchas de esas situaciones fueron interpretadas como simples «problemas de conducta» o «rebelión», sin atender las causas estructurales que las originaban.

Las consecuencias de vivir durante décadas en un sistema sostenido de carencias trascienden a quienes habitan esos barrios. **Rosa Chupany** advierte que la acumulación de déficits sociales termina afectando a toda la sociedad mediante baja productividad, violencia, desconfianza institucional, pobreza persistente, deterioro educativo y debilitamiento de la democracia. No se trata sólo de pobreza material, sino también de una pobreza de oportunidades, vínculos y futuro.

“ Para quienes crecieron en los barrios durante los años ochenta, esa realidad significó enfrentar enfermedades prevenibles, mala nutrición, atención médica tardía y escasa educación sanitaria, condiciones que afectaron su desarrollo físico, emocional y social.

”

Chanel Rosa Chupany
Economista, técnico
en seguridad social



“ Existen estructuras de poder que se han favorecido de la desigualdad, se han fortalecido a base de mantener a una población joven del barrio hundida en el consumo de sustancias, con pocas opciones a nivel de su desarrollo cultural e integridad como persona. ”

Tahira Vargas
Antropóloga



El peso del estigma

La antropóloga e investigadora social **Tahira Vargas** cuenta que los jóvenes de los barrios nunca fueron concebidos desde la política cultural como un capital humano para el desarrollo nacional. Por el contrario, «predominó una mirada que los asoció casi por completo con la delincuencia y la marginalidad».

En ese contexto de estigma y desigualdad persistentes, subraya, existen estructuras de poder «que se han favorecido de la desigualdad, se han fortalecido a base de mantener a una población joven del barrio hundida en el consumo de sustancia, con pocas opciones a nivel de su desarrollo cultural e integridad como persona».

Vargas considera, además, que «la escasez de espacios deportivos, culturales y recreativos terminó trasladando buena parte de la vida comunitaria hacia las calles y los colmados», mientras expresiones como el *dembow* demostraban que existía un enorme potencial creativo capaz de abrirse paso incluso sin respaldo institucional.

Esa transformación del espacio público también es observada por Barinas. A su juicio, el Estado dejó de construir plazas y parques cuando comenzó a ver el espacio público no como un derecho ciudadano, sino como un gasto de mantenimiento o un problema de seguridad.

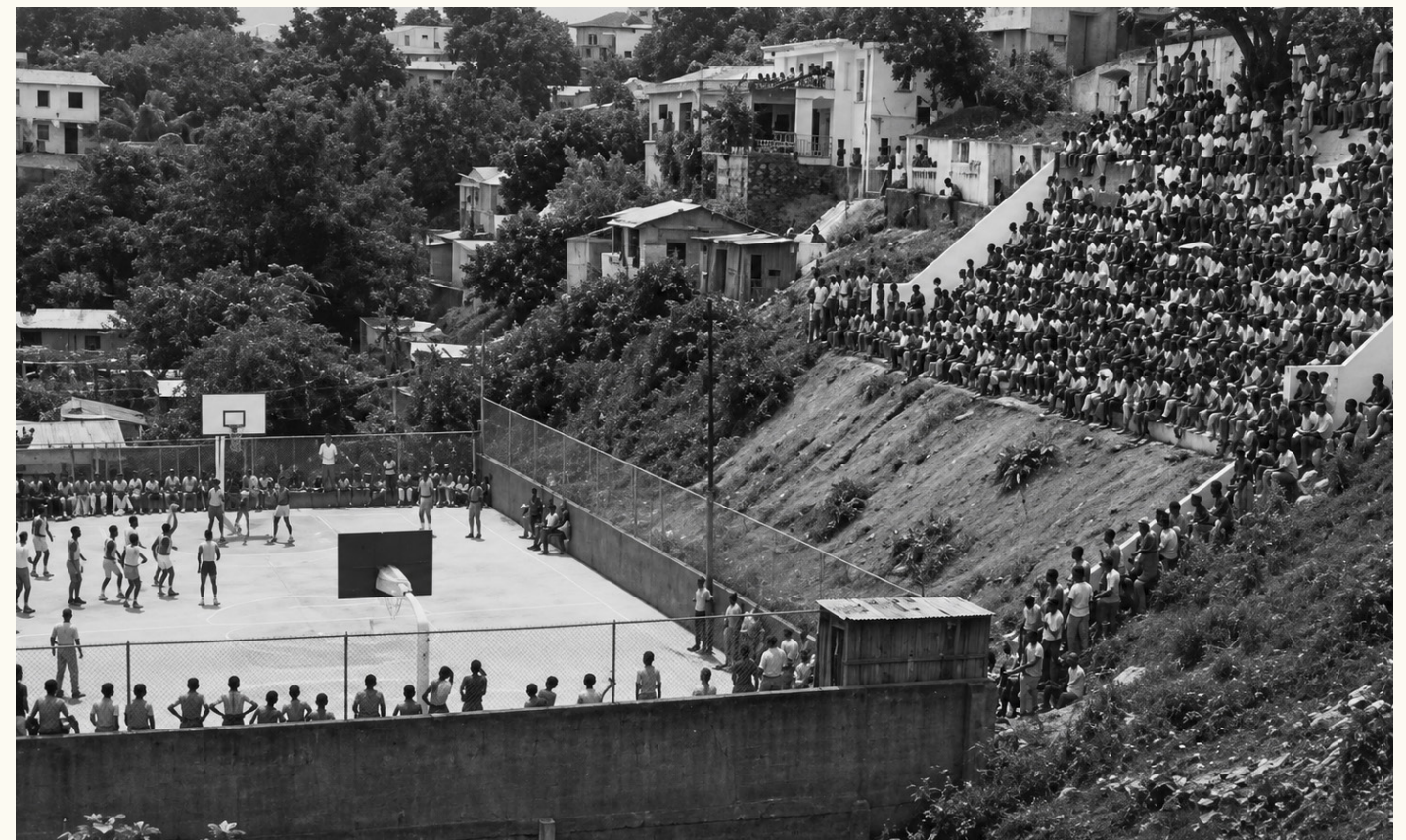
El «parque» y la calle comercial fueron sustituidos por la «plaza comercial» y el mall climatizado. La realidad no se limitó a Santo Domingo. Vargas expone que los barrios marginados del resto del país «están formados por una población que ha estado excluida de todos los programas de desarrollo y todo lo que pueda ser programas culturales». Incluso, añade, esa población ha sido vista como un obstáculo para el desarrollo.

Ese panorama contrasta con los sectores medios y altos, donde niños y jóvenes disponen de canchas, clubes, residenciales con áreas recreativas y centros comerciales. En los barrios y en las comunidades rurales, en cambio, la población ha debido construir sus propios espacios de recreación con los recursos disponibles: las calles, los colmados y su capacidad de organización.

Por eso Barinas rechaza que esos espacios sean estigmatizados. «No podemos aceptar que se estigmatice» la acera pública o el negocio de la esquina, afirma. «El colmado tradicional y la acera no son refugios de marginalidad; son instituciones cívicas fundamentales y espacios de enorme valor positivo. Surgen de forma orgánica porque somos una sociedad caribeña que valora en extremo el espacio público, la interacción social, la solidaridad vecinal y el encuentro diario».



Cancha del Club Rafael Leonidas Solano, 1978. **Imagen:** Periódico El Sol / AGN. Vía Lorenzo Paulino



Cancha alrededor del puente Las cañitas, Simón Bolívar, 1983. **Imagen:** Revista Cañabrava / AGN. Vía Lorenzo Paulino

La violencia como respuesta

“El fenómeno nunca respondió a una sola causa. Fue la superposición de exclusión económica, desigualdad urbana, violencia institucional, ausencia de políticas para la juventud y expectativas sistemáticamente frustradas.”

Lilian Bobea
Socióloga

Lo que durante los años setenta había sido una intensa vida comunitaria comenzó a deteriorarse conforme avanzaban la crisis económica, el desempleo y el debilitamiento de los servicios públicos. Los clubes culturales y deportivos, que durante años ofrecieron espacios de organización, liderazgo y participación juvenil, fueron perdiendo fuerza.

Con esa degradación, la falta de alternativas educativas, laborales y recreativas profundizó la exclusión juvenil y creó las condiciones para el surgimiento de pandillas y "naciones", en un contexto de desigualdad cada vez más acentuado.

Según **Bobea**, la respuesta predominante del Estado fue represiva. Las redadas, los fichajes policiales y el uso de la fuerza sustituyeron las políticas de prevención e inclusión, mientras los barrios quedaban asociados casi exclusivamente con la violencia, invisibilizando las causas estructurales del problema.

La socióloga concluye que lo que marcó a quienes crecieron en los barrios marginados durante las décadas de los ochenta y noventa, y continúa afectándolos, no responde a un único factor ni a la supuesta ausencia de disciplina familiar. Obedece, más bien, a procesos persistentes de exclusión, intentos fallidos de inclusión, expectativas incumplidas y a la superposición de violencias políticas, económicas, sociales e institucionales.



Club Rafael Leónidas Solano en Guachupita, 1978.

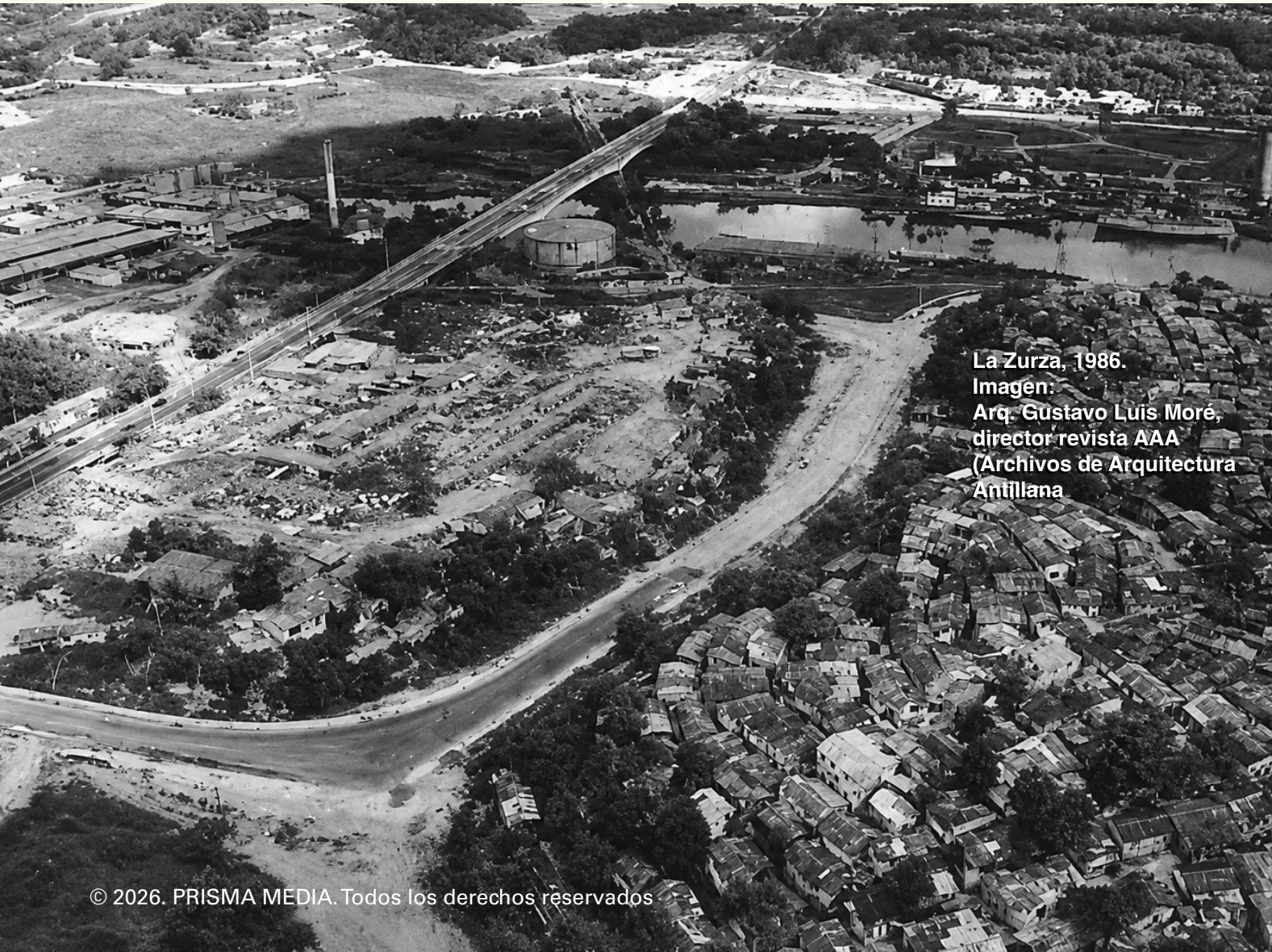
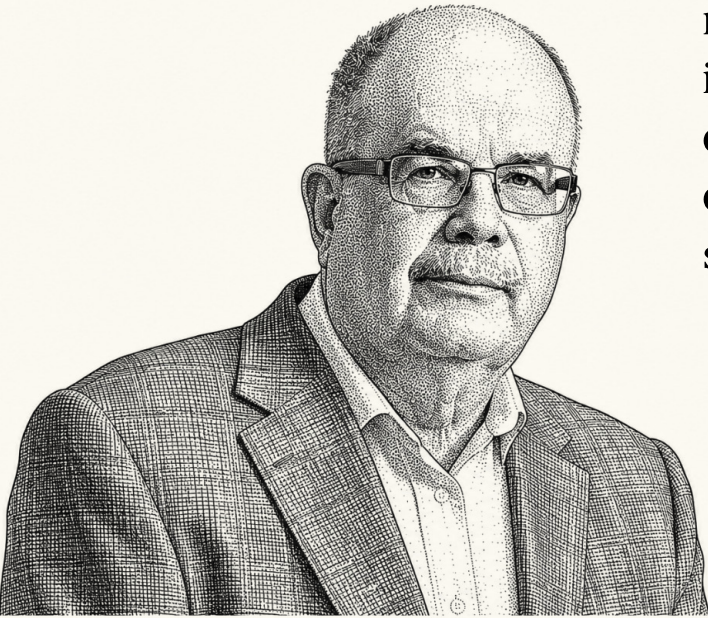
Imagen:
Periódico El Sol / AGN.
Vía Lorenzo Paulino.

Presentación de Olga Lara en la cancha las cañitas, 1985.

Imagen:
Revista Cañabrava / AGN.
Vía Lorenzo Paulino.

“ Buena parte de esas condiciones persisten porque los distintos gobiernos no han mostrado interés en diseñar e implementar políticas públicas capaces de elevar el desarrollo educativo y social de los jóvenes de los barrios, quienes, siguen siendo víctimas del sistema. ”

Roberto Cassá
Historiador



La Zurza, 1986.
Imagén:
Arq. Gustavo Luis Moré,
director revista AAA
(Archivos de Arquitectura
Antillana)

La permanencia de las desigualdades

Cassá añade que también existe un fenómeno de desinterés por el empleo formal entre una parte de la juventud. «Esta abstención o desidia hacia el empleo o trabajo la ha provocado el clientelismo; las dádivas que ofrecen los gobiernos, con lo cual va formando en los jóvenes de los barrios una dependencia de los subsidios».

El historiador identifica, además, otro elemento: el aumento de hogares encabezados por mujeres sin el apoyo de los padres de sus hijos. Esa realidad, afirma, contribuye a reproducir un círculo intergeneracional en el que muchos adultos no recibieron las herramientas necesarias para la crianza y, por tanto, enfrentan dificultades a la hora de transmitir las a sus propios hijos.

Vargas coincide y señala que muchos jóvenes de los barrios aprendieron de forma autodidacta a utilizar internet, herramienta que transformaron en una vía de movilidad social y de expresión cultural. El *dembow*, precisamente, constituye uno de los ejemplos más visibles de ese potencial creativo desarrollado, en gran medida, al margen de las políticas públicas.

García es enfática: «El Estado dominicano tiene una gran responsabilidad en la permanencia y la expansión de este problema». Si las opciones de estudios técnicos todavía son escasas; si la formación no es signo de progreso humano y si las oportunidades son limitadas y desiguales, los jóvenes continuarán buscando alternativas de desarrollo; coyunturas para sobrevivir y espacios para mostrar sus capacidades.

Ocurre, además, que los jóvenes pierden la esperanza, se desencantan de la vida y sufren el precio de la desigualdad y de la injusticia en la sociedad»

Décadas después, muchos de esos jóvenes, hoy adultos, encontraron nuevas formas de expresión en el ámbito cultural y mediático. El universo *alofoke* puede interpretarse como una de las manifestaciones de una generación que creció entre la exclusión y la resiliencia. Una generación marcada por la marginación, pero también por una extraordinaria capacidad de reinventarse.

Comprender ese universo implica mirar mucho más allá del entretenimiento. Obliga a volver la vista sobre décadas de políticas insuficientes, oportunidades perdidas y deudas sociales que aún siguen esperando respuesta.

“ Generaciones enteras de jóvenes dominicanos han visto cómo sus capacidades quedan sepultadas por la falta de movilidad social. ”



Dinorah García Romero
Psicóloga de la educación
y desarrollo humano